A LOS 86 AÑOS, LA ARTISTA PLÁSTICA LINDA KOHEN INAUGURÓ CUATRO EXPOSICIONES SIMULTÁNEAS EN ESTADOS UNIDOS, BRASIL, ARGENTINA Y URUGUAY

"El arte puede no tener uso, simplemente hacerte sentir algo"

Ochenta y seis años pueden implicar el cambio de algunos hábitos, pero para Linda Kohen jamás la pérdida del ímpetu al pintar. Quizás para ella la diferencia solo esté en los horarios en que lo hace: cuando sus hijos Martha y Roberto eran chicos y trabajaba como profesora de inglés o tenía otras obligaciones, le robaba horas a la noche, mientras que ahora cuenta con el día entero. Esta mujer, que sintetiza en su persona y su arte varias tradiciones —sus padres son judíos, ella nació y vivió hasta los 15 años en Milán, luego en Montevideo y Buenos Aires—, tiene la energía para organizar casi simultáneamente la inauguración de cuatro muestras, cada una en un país distinto.

Por si fuera poco, conserva la suficiente ansiedad como para pensar cuáles serán los motivos que inspiren sus próximas obras, una vez que finalicen las muestras y vuelva a dedicarse full time a la pintura.

Las cuatro exposiciones comprenden en total unas cien obras realizadas entre 1944 y 2010 con diferentes temas y vivencias. En marzo se inauguró la primera muestra, en la galería "Hoy en el Arte" de Buenos Aires, donde vive su hijo. Las restantes abrieron sus puertas en abril: primero la de la galería "The Americas Collection" en Miami —donde vive su hija, quien le ayudó a montar esta serie de muestras—, luego en la galería "Dan" de San Pablo y finalmente en el espacio World Trade Center de Montevideo, con una propuesta titulada "Al árbol" que permanecerá abierta al público hasta el jueves 26. Justamente, los árboles y las plantas ocupan un lugar importante en la vida y obra de Kohen, elementos que pululan en su departamento, ubicado entre Pocitos y Punta Carretas, donde conversó con galería.

¿Cómo se gestó la idea de esta cuádruple exposición simultánea?

A un coleccionista de Miami le gustaron mucho mis trabajos y me invitó a hacer una muestra allá (Kohen ya había expuesto en 1981 en esa ciudad, y posteriormente en el Museo de Arte Latinoamericano de la OEA, en Washington). Y en 1982 yo había expuesto en una galería de San Pablo, con la que él también tenía algo que ver. En Buenos Aires expongo bastante seguido así que quise que mi nombre también estuviera presente ahí.

Son unas cien obras. ¿Cómo se distribuyen y a quién pertenecen, a Ud. o a coleccionistas?

En Miami son unas 30, en San Pablo más porque también eligieron dibujos, en Buenos Aires hay 23 y las demás en Montevideo. Las obras son mías, bueno, eran mías, porque ahora en las muestras se están vendiendo muchas.

¿En dónde se venden mejor?

En Brasil y en Miami. En Buenos Aires, no.

¿Le cuesta desprenderse de sus obras?

Sí y no, son esas ambivalencias. Es feo deshacerse porque en general están pintadas con mucho amor, son como "hijitos". Pero también es un gran placer pensar que alguien las quiera, que las disfrute y que viajen por el mundo solas.

Tiene un lienzo en blanco en su atelier y me comentó que, una vez que termine con el trajín de la organización de estas muestras, piensa pintar allí una obra igual a otra que vendió. ¿Cómo es eso?

Es que esa obra no debí haberla vendido. Creo que Francisco Mattos hacía eso, las fotografiaba y las volvía a hacer, porque no quería deshacerse de todo, las amaba, quería tenerlas cerca.

¿Qué tiene esa obra de especial?

Es una obra de 1991 que me parece muy bien lograda. Siempre hay que guardar alguna obra de cada época y de esta me desprendí un poco sin pensar. Pero tengo otras muchas ideas para seguir trabajando en cuanto termine las muestras.

En la exposición de Montevideo hay una secuencia de tres obras con una puerta en el centro. ¿Qué significan?

Es la representación de un cuento del poeta y novelista inglés H.G. Wells, que se llama "The Door in the Wall". Un hombre que inesperadamente pasa por una puerta que se entreabre, tiene una gran atracción, se acerca, entra y todo es absolutamente maravilloso, pacífico, lleno de alegría. Pero no puede quedarse porque se está por casar, lo espera la novia en la iglesia, así que se tiene que ir. La vuelve a encontrar otro día,

▶

pero justo tiene que dar el último examen de la carrera. Es como una trampa, porque después la sigue buscando pero nunca más la encuentra. Para mí es como la vida, de repente tu querés hacer cosas pero te distraés y no las hacés, dejando pasar un momento que es irrecuperable.

¿Piensa que el sentido del arte es provocar alguna reflexión filosófica en los espectadores?

¿Sabés qué? Uno lo hace casi porque sí, porque no podés estar sin hacerlo. Se te impone sin pensar que tenga un uso. El arte puede no tener uso, simplemente hacerte sentir algo. O sentirlo al hacer. Me considero sumamente afortunada de haber podido dedicarme a esto porque uno aprende a mirar, a observar una delicada sombra, un paisaje, un color un poco distinto... al haber hecho todo eso mi vida se ha enriquecido enormemente.

Nació en Italia y vivió en Milán hasta los quince años. ¿Qué recuerdos guarda?

Muchos: la escuela, el liceo, los viajes por esos alrededores maravillosos, mi padre (Guido Olivetti) era artista y me llevaba a recorrer museos, iglesias. También los sabores y los olores, porque había cosas deliciosas: helados, trufas, *focaccias*.

Vino al Río de la Plata —primero unos meses a Buenos Aires y luego a Montevideo— escapando del fascismo y nazismo.

Claro, porque en 1938 empezaron las leyes contra los judíos y mi padre decidió que nos íbamos. Preparó todo y embarcamos en setiembre con ellos, mi hermano y mis abuelos maternos. Ese verano previo me mandaron con mis tíos al Lido de Venecia. Se había iniciado el Festival de Cine y tengo recuerdos muy lindos pero nostálgicos, ya con una sensación de tristeza porque sabía que me iba.

¿Qué los llevó a elegir Buenos Aires?

Mi padre había trabajado para una compañía argentina y le mandaron inmediatamente las visas para emigrar. Estuvimos unos meses, después un amigo de mi padre lo invitó a Uruguay y mis padres se enamoraron del país. Me siento muy uruguaya.

De las tradiciones que conserva y que dejaron una huella en su vida y por lo tanto en su pintura, ¿cuáles tienen más peso: las italianas o las judías?

No sé, porque dicen que hasta mi pintura tiene algo de los italianos. Es una mezcla. Nosotros éramos judíos pero mi familia estaba muy asimilada, por ejemplo, las comidas que hacían en mi casa eran comidas piamontesas, porque nací en Milán pero mi familia era de Piamonte. Sí seguíamos algunas fiestas como la Pascua Judía, Pésaj. En esas fechas en la casa de mi abuela se armaba una mesa quilométrica con 40 o 50 personas.

Y con Buenos Aires también tiene una relación cercana: al casarse volvió a vivir allí, por dos años...

Sí, y ahora mi hijo vive allá. En total tengo dos hijos, seis nietos y cuatro bisnietos, la quinta está en camino.

"Árbol camino"

Al empezar a firmar sus cuadros optó por el apellido de su marido, Rafael Kohen. ¿Por qué?

Porque la esposa de mi hermano, Eva Olivetti, también es pintora. Yo al principio pintaba y me guardaba los cuadros, pero ella empezó a exponer y firmó con su apellido de casada, entonces cuando empecé a exponer ya no podía poner mi apellido. Además me gusta mucho el apellido de mi marido, que lamentablemente falleció hace un año y medio.

¿Los Kohen con K del Uruguay están emparentados con los Cohen con C?

Es que nosotros también nos escribíamos con C, tal es así que muchos de mis cuñados, los hermanos de mi marido, son con C. Pero cuando lo escribieron en el primer pasaporte de Rafael lo hicieron con K, entonces lo adoptamos después para no hacer todo el trámite de vuelta.

Sus primeros estudios en artes plásticas fueron con Pierre Fossey y Eduardo Vernazza. ¿Cómo llegó a ellos?

No recuerdo quién me recomendó a Fossey, pero ahí había mucha gente amiga y era un lugar precioso, sobre la Plaza Independencia. Él era muy buen profesor. Pero en 1942 expuse unos cuadros y Vernazza, que escribía en el diario "El Día", me hizo una crítica que me gustó, así que tuve ganas de dibujar con él y lo fui a buscar. En 1946 me casé y nos fuimos a Buenos Aires, donde mi marido me consiguió, a través de un amigo, que me presentaran al maestro Horacio Butler. Él me tomó como alumna y fue muy interesante: hicimos muchos trabajos con modelo desnudo.

Me pregunto si su esposo no ponía ningún reparo o celo en que pintara modelos desnudos.

Bueno, en general eran mujeres, pero si bien mi marido era turco (nació en Estambul y se educó en Italia) era muy occidental, muy moderno en su manera de ser, no le hubiera molestado.

Luego volvió a Uruguay, tuvo aquí a sus hijos y en 1949 ingresó al Taller Torres García, donde fue alumna de Julio Alpuy. Joaquín Torres García falleció ese año. ¿Llegó a conocerlo?

Sí, porque fui con unos amigos a su casa de Punta Gorda, esa que él acababa de hacer. Y a esa casa volví muchas veces porque éramos amigos de Manolita, su mujer.

¿Qué artista plástico de todos los tiempos prefiere?

Es duro elegir uno solo. Pienso en Jean-Édouard Vuillard, pero dame chance de decir otro más, a (Johannes) Vermeer. Ellos dos tenían la necesidad de fijar en una obra el tiempo que pasa. Está, por ejemplo, el salón con la mamá tejiendo, de Vuilliard, o la mujer que recibe la carta, de Vermeer. Como a mí también siempre me ha preocupado la cosa del tiempo, siento una gran admiración porque ellos lo han hecho en una forma maravillosa.

¿Y de Uruguay?

En el fondo creo que (Alfredo) De Simone. Es una cosa muy fuerte, pintaba con todo el cuerpo, con los órganos, con el corazón, con las vísceras. g

CARINA FOSSATI. FOTO: SERGIO GÓMEZ

Por si fuera poco, conserva la suficiente ansiedad como para pensar cuáles serán los motivos que inspiren sus próximas obras, una vez que finalicen las muestras y vuelva a dedicarse full time a la pintura.

Las cuatro exposiciones comprenden en total unas cien obras realizadas entre 1944 y 2010 con diferentes temas y vivencias. En marzo se inauguró la primera muestra, en la galería "Hoy en el Arte" de Buenos Aires, donde vive su hijo. Las restantes abrieron sus puertas en abril: primero la de la galería "The Americas Collection" en Miami —donde vive su hija, quien le ayudó a montar esta serie de muestras—, luego en la galería "Dan" de San Pablo y finalmente en el espacio World Trade Center de Montevideo, con una propuesta titulada "Al árbol" que permanecerá abierta al público hasta el jueves 26. Justamente, los árboles y las plantas ocupan un lugar importante en la vida y obra de Kohen, elementos que pululan en su departamento, ubicado entre Pocitos y Punta Carretas, donde conversó con galería.

¿Cómo se gestó la idea de esta cuádruple exposición simultánea?

A un coleccionista de Miami le gustaron mucho mis trabajos y me invitó a hacer una muestra allá (Kohen ya había expuesto en 1981 en esa ciudad, y posteriormente en el Museo de Arte Latinoamericano de la OEA, en Washington). Y en 1982 yo había expuesto en una galería de San Pablo, con la que él también tenía algo que ver. En Buenos Aires expongo bastante seguido así que quise que mi nombre también estuviera presente ahí.

Son unas cien obras. ¿Cómo se distribuyen y a quién pertenecen, a Ud. o a coleccionistas?

En Miami son unas 30, en San Pablo más porque también eligieron dibujos, en Buenos Aires hay 23 y las demás en Montevideo. Las obras son mías, bueno, eran mías, porque ahora en las muestras se están vendiendo muchas.

¿En dónde se venden mejor?

En Brasil y en Miami. En Buenos Aires, no.

¿Le cuesta desprenderse de sus obras?

Sí y no, son esas ambivalencias. Es feo deshacerse porque en general están pintadas con mucho amor, son como "hijitos". Pero también es un gran placer pensar que alguien las quiera, que las disfrute y que viajen por el mundo solas.

Tiene un lienzo en blanco en su atelier y me comentó que, una vez que termine con el trajín de la organización de estas muestras, piensa pintar allí una obra igual a otra que vendió. ¿Cómo es eso?

Es que esa obra no debí haberla vendido. Creo que Francisco Mattos hacía eso, las fotografiaba y las volvía a hacer, porque no quería deshacerse de todo, las amaba, quería tenerlas cerca.

¿Qué tiene esa obra de especial?

Es una obra de 1991 que me parece muy bien lograda. Siempre hay que guardar alguna obra de cada época y de esta me desprendí un poco sin pensar. Pero tengo otras muchas ideas para seguir trabajando en cuanto termine las muestras.

En la exposición de Montevideo hay una secuencia de tres obras con una puerta en el centro. ¿Qué significan?

Es la representación de un cuento del poeta y novelista inglés H.G. Wells, que se llama "The Door in the Wall". Un hombre que inesperadamente pasa por una puerta que se entreabre, tiene una gran atracción, se acerca, entra y todo es absolutamente maravilloso, pacífico, lleno de alegría. Pero no puede quedarse porque se está por casar, lo espera la novia en la iglesia, así que se tiene que ir. La vuelve a encontrar otro día,

▶